



Torres Perdigón, Andrea. "La teoría literaria como problema: un diagnóstico actual y un análisis de la narratología posclásica".
Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades, julio de 2022, vol. 11, n° 25, pp. 156-169.

La teoría literaria como problema: un diagnóstico actual y un análisis de la narratología posclásica

Literary theory as a problem
A contemporary diagnosis and an analysis of postclassical narratology

Andrea Torres Perdigón¹

ORCID: 0000-0003-2539-4766

Recibido: 20/04/2021 || Aprobado: 07/07/2021 || Publicado: 14/07/2022

Resumen

Este artículo propone una serie de reflexiones en torno a la teoría literaria del siglo XX como un problema, es decir, como un conjunto de asuntos que no son transparentes y cuya vigencia no es evidente. En primer lugar, se explicita el problema en torno a la vitalidad de lo que entendemos por la teoría del siglo XX, para luego exponer un breve diagnóstico del panorama occidental y latinoamericano. Posteriormente, el artículo analiza algunos principios de lo que se conoce como narratología posclásica, con el fin de rastrear en ese caso concreto rasgos de la teoría literaria contestataria y crítica, a través de un elemento característico de los movimientos teóricos de siglo XX: el problema de la ideología.

Palabras clave

Teoría literaria; estructuralismo; narratología posclásica.

Abstract

This article proposes some reflections on the literary theory of 20th century as a problem, which means a set of not transparent issues and whose vitality is not an evidence. First, we explain the problem behind the vitality of 20th century literary theory, as we understand it, and then we expose a brief diagnostic of Western and Latin American contexts. Afterwards, the article analyses some principles of what is known as postclassical narratology, in order to seek within it some critical and controversial features of literary theory through a characteristic element of 20th century theoretical movements: the problem of ideology.

Keywords

Literary theory; structuralism; postclassical narratology.

¹ Doctora en Estudios Románicos Hispánicos por la Universidad París Sorbona. Actualmente es profesora del Departamento de Lenguas de la Pontificia Universidad Javeriana, Colombia. Contacto: atorresp@javeriana.edu.co



Introducción

Una de las formas de entender la teoría literaria es considerar que siempre ha habido *una*, desde Aristóteles hasta nuestros días, y que lo que se observa en las distintas épocas es simplemente una multiplicidad de escuelas o movimientos que van nutriendo y modificando una misma noción (incluso si su definición no es explícita ni clara). Dentro de esta concepción, cualquier aproximación conceptual al fenómeno de los textos que se consideran literarios es comprendida como una teoría y eso lleva a pensar en el auge o declive de distintos movimientos, autores y textos, pero que conformarían *una misma "teoría"*. Si nos situamos en esa concepción (que ha sido tradicionalmente la de las filologías y la de la institucionalización de los programas de estudios literarios con sus cursos de teoría literaria en Latinoamérica), preguntarse por una posible crisis o muerte de este fenómeno parece no ser un problema. En esa visión, se da por evidente que, ocurra lo que ocurra, ha habido, hay y habrá teoría literaria.

Pues bien, hay otra aproximación a este asunto que se ciñe a un debate más específico que contempla que la teoría literaria tiene un carácter histórico más preciso y que no es lo mismo estudiar los textos clásicos griegos que la producción teórica del siglo XX –así se relacionen en algunos temas–. En particular en la tradición francesa, es nítida esta forma de entender la teoría literaria como un fenómeno contestatario del siglo XX que tiene un carácter histórico. A diferencia de una teoría entendida desde conceptualizaciones diversas, esta se identificaría con movimientos precisos del siglo XX, como lo señala Antoine Compagnon. Nos apegamos aquí a su distinción entre teoría literaria y teoría de la literatura. Para él, la teoría de la literatura sería “descriptiva, (...) es entonces moderna: supone la existencia de los estudios literarios, instaurados en el siglo XIX” (Compagnon 18).² Esta formaría parte de la literatura comparada, en su vertiente más tradicional, y reflexiona sobre las condiciones de la crítica, la literatura y la historia literaria. Por su parte, la teoría literaria, según Compagnon, “es más opositiva y se presenta más como una crítica de la ideología, incluida aquella de la teoría de la literatura [...]. La teoría literaria se identifica también con el formalismo, desde los formalistas rusos del siglo XX, marcados en efecto por el marxismo” (Compagnon 23). A partir de esta distinción, que nos parece fértil, quienes ven la teoría como un conjunto continuo de abstracciones sobre los textos estarían pensando en la *teoría de la literatura*, mientras que quienes vemos la teoría como un fenómeno puntual del siglo XX la asociamos a la *teoría literaria*, teoría a la que, según él, se le ha acusado de alejarse del sentido común. Es en este segundo sentido en el que vamos a hablar de teoría literaria.

Así, antes de la emergencia y el desarrollo de la modernidad (o de las modernidades) no existía una teoría literaria propiamente hablando, así como tampoco cierta noción de literatura (Williams 61); de esa misma forma, puede que, con las transformaciones del capitalismo tardío y las prácticas académicas y sociales que trae consigo, la teoría literaria deje de ser un lugar de crítica, de emancipación o de pensamiento. No por estar institucionalizada en cursos y programas está exenta de su dimensión histórica.

Desde esta perspectiva, nos proponemos abordar la teoría literaria en cuatro apartados: primero, la aclaración de por qué puede ser tratada como un problema hoy; segundo, un diagnóstico muy breve de la situación de la teoría literaria, dentro y fuera de la academia latinoamericanista; tercero, una aproximación panorámica a las discusiones de la narratología posclásica y sus vínculos conflictivos con los estudios literarios; y, por último, algunas reflexiones sobre la ideología como un elemento problemático ligado a la tradición de la teoría literaria y sobre cómo este gana o pierde espacio en esa narratología contemporánea, entendida como una de las posibles formas de un pensamiento teórico actual. En este panorama, no

² Las traducciones son nuestras.

pretendemos responder una pregunta sobre la muerte de la teoría literaria del XX, dado que no es un cuestionamiento que se resuelva de manera simple. Más bien, buscamos plantear los términos para comprender mejor el problema de su vigencia y explorar críticamente una vía posible en la narratología posclásica.

1. ¿Por qué hablar de la teoría como problema?

La pregunta implica partir de la visión del debate que ha planteado Compagnon. Al darle a la teoría literaria una especificidad en su carácter contestatario, heredado del formalismo, el marxismo, el estructuralismo y el posestructuralismo, la teoría literaria deja de ser entendida como una herramienta descriptiva de un fenómeno y pasa a un terreno de tensiones constantes con los textos y sus contextos de producción. Así adquiere un carácter problemático que no se reduce a cualquier concepto o abstracción que hable sobre textos literarios. Se vuelve entonces más difícil de definir y su relación con las obras deja de ser simplemente la de un conjunto sistemático de conceptos que se “aplicaría” a un corpus cualquiera. La teoría así entendida no es algo que se emplee para leer textos, sino que está en tensión frente a ellos y ante la noción de literatura y sus contradicciones.

El carácter problemático y contestatario de esta idea de teoría literaria está ligado también a las siguientes preguntas: ¿será pertinente que los estudios literarios se sumerjan en el abandono de toda posibilidad teórica a cambio de ingresar a una suerte de crítica cultural global? ¿El camino actual para estudiar diversas literaturas es una crítica cultural que contempla pocas especificidades en su análisis y que trata los textos de manera homogénea como documentos culturales? ¿Esto significa trabajar a partir de criterios uniformes e, incluso, uniformizantes? ¿Estudiar textos literarios realmente equivale a estudiar cualquier otro producto cultural? ¿En qué sí y en qué no? ¿Hasta qué punto es equivalente estudiar prácticas artísticas y prácticas culturales (o textos literarios y productos culturales)? ¿Funcionan los mismos métodos y las mismas categorías?

A partir de estas preguntas se asume que, a pesar de la institucionalización de los estudios literarios en las universidades y de la existencia de distintos cursos que identificamos como seminarios o asignaturas de “teoría literaria”, la vigencia de un pensamiento teórico hoy puede no ser evidente. Más allá de los cursos y de los autores capitales del siglo XX que hacen parte de eso que llamaríamos un pensamiento teórico literario –desde el Formalismo ruso y su planteamiento de un objeto de estudio específicamente literario (Eichenbaum) hasta algunas figuras de los años sesenta y setenta como Roland Barthes, Tzvetan Todorov, Gérard Genette, Hans Robert Jauss, Wolfgang Iser, o de los años ochenta como Terry Eagleton, Fredric Jameson o Edward Said– quizá podamos partir de una postura escéptica con respecto a la existencia actual de la teoría literaria. Si pensamos en una serie de textos, problemas y autores del siglo XX históricos y contingentes –haciendo una analogía a partir de lo que Tynianov (129, 133) ya pensaba hace un siglo con respecto a la evolución de los rasgos del género literario–, tal vez sea prudente asumir que ese pensamiento teórico no necesariamente es igual a sí mismo desde ese entonces e, incluso, que podría dejar de producirse. Para Tynianov, los rasgos que se le atribuyen a los géneros literarios cambian y no son constantes ni homogéneos; de manera análoga, podemos pensar que la expresión de lo que identificamos como teoría literaria (con sus géneros discursivos propios) varía históricamente también. De ahí se sigue que los rasgos que se pensaban definitorios de la teoría en algunos momentos del siglo XX no sean necesariamente los dominantes hoy.

Durante las últimas cuatro décadas, el escenario académico latinoamericano ha estado concentrado en una entusiasta recepción de los estudios culturales y poscoloniales –desde los trabajos pioneros de Stuart Hall (Hall et al.) hasta las versiones más acomodadas a un discurso

simplificado y repetitivo en el ámbito universitario estadounidense—, así como en la producción de movimientos más locales, como el decolonial (Lander), por ejemplo. En ocasiones, la recepción de esos movimientos anglosajones ha sido fructífera y ha generado avances en el campo amplio de las humanidades y de las ciencias sociales. En otros casos menos alentadores, la recepción se limita a la aplicación y la reiteración de ciertos *leitmotive* culturalistas en estudios empíricos que se multiplican desde diferentes disciplinas, sin que el aporte teórico o práctico sea nítido.

Al respecto, no pretendemos hacer una crítica a la recepción de teorías y movimientos extranjeros —crítica que en su versión más simplista supondría una suerte de pureza cultural y originaria de Latinoamérica inexistente y una reivindicación identitaria—, sino constatar que una buena parte de la academia latinoamericana y latinoamericanista ha trabajado sobre esos discursos y se ha definido con referencia a ellos: en algunos casos de forma fructífera y en otros desde la idea de la “aplicación” de unas teorías preconcebidas.

Aunque no nos centraremos aquí en una discusión de escuelas teóricas o de tradiciones exclusivamente nacionales, consideramos que, si bien no hay un panorama homogéneo de la crítica latinoamericanista ni una suerte de tradiciones nacionales fijas —como lo señala Becerra— gran parte de los diálogos teóricos se ha centrado, durante los últimos treinta años y sobre todo en Latinoamérica, en la relación con los estudios culturales y poscoloniales. Esto se observa en preocupaciones que salen del campo de los textos literarios para entrar en el terreno cultural, social o político. Como lo constata Becerra,

las nuevas discusiones parecen apuntar sobre todo a problemas situados más allá del terreno estrictamente estético: como la función de la literatura dentro de la textura cultural del presente o incluso su validez como categoría o disciplina a la hora de analizar el espacio social y de actuar dentro de él (Becerra Grande, párr.1).

Estos cruces con múltiples discursos que han impactado las ciencias sociales, las humanidades y los estudios literarios hacen que la pregunta por la vigencia de la teoría literaria sea pertinente: ¿cómo se relaciona esa teoría con estos discursos de finales de siglo XX?, ¿hay relaciones entre una teoría literaria y otra cultural?, ¿comparten una noción común de literatura para establecer algún tipo de diálogo? O, más bien, ¿estos diálogos y cruces de discursos sacan a la luz contradicciones sobre la idea de literatura moderna que aún opera tanto en la teoría literaria como en las teorías culturales?

Otra dimensión de pensar la teoría como problema se topa con por qué habríamos de defenderla. Más allá de la institucionalización y de las tradiciones que marcan nuestros métodos y formas de trabajo, ¿qué nos podría decir un pensamiento teórico sobre la literatura hoy en día? Y también, ¿qué movimientos contemporáneos podrían considerarse como teoría literaria desde esa perspectiva más específica y contestataria? Las respuestas no parecen ser inmediatas y las retomaremos hacia el final. Para intentar rodear entonces este problema, pasemos a enunciar un breve diagnóstico de la situación actual.

2. Un breve diagnóstico

La idea de literatura ha estado asociada, desde su concepción moderna, al riesgo o peligro de su propia muerte y desaparición. Como lo indica William Marx (*La Haine de la littérature*), esta polémica en torno a su existencia forma parte de su naturaleza misma: la literatura y la antiliteratura conviven y usan el mismo medio (5). Esta amenaza y noción de límite permanente parece inherente a la forma de entender lo literario, en especial desde la revolución romántica. Sin embargo, la idea de una crisis o muerte de la teoría literaria parece ser más reciente y no estar ligada a su propia definición o emergencia: no habría una *antiteoría* que se definiría por

oposición a la teoría, como sí sería el caso de la definición de una literatura y de una antiliteratura. Sin embargo, sí parece haber sospechas en torno al pensamiento teórico que se expresan en ansias “anti” o “posteóricas” (Dalmaroni).

En textos como *La littérature en péril*, de 2007, de Tzvetan Todorov, es transparente el argumento de que el riesgo en el que se encuentra la literatura y la actividad de la lectura literaria se debe, en parte, a que la teoría literaria se emplea como instrumento para ver los textos como autónomos, cerrados en sí mismos y separados del mundo de la experiencia (Todorov, *La Littérature en péril* 31). La crítica de Todorov se refiere en particular al contexto de la enseñanza escolar de la literatura en Francia, aunque sus argumentos nos son quizá familiares. Afirmaciones como “la teoría nos quita el placer de la lectura” o “la teoría está alejada de la experiencia” son frecuentes entre los estudiantes universitarios y dan cuenta de posturas similares a la de Todorov. Para él, “se representa a partir de ahí la obra literaria como un objeto de lenguaje cerrado, autosuficiente, absoluto” (Todorov, *La littérature en péril* 31). Parte de la responsabilidad se la atribuye a la teoría literaria y, sobre todo, a sus orígenes en la estética moderna:

La tesis según la cual la literatura no entra en una relación significativa con el mundo, y que en consecuencia su apreciación no debe tener en cuenta lo que ella nos dice, no es ni una invención de los profesores universitarios de letras hoy ni una contribución original de los estructuralistas. Esta tesis tiene una historia larga y compleja, paralela a la llegada de la modernidad (Todorov, *La littérature en péril* 37).

Independientemente del acuerdo o desacuerdo con Todorov, es importante precisar que él ve un riesgo en ese uso de la teoría literaria y en el hecho de que ella transmita (o sea la responsable) de esa visión supuestamente cerrada y autónoma de los textos.

Por su parte, William Marx (*L'Adieu à la littérature*) expone una desvalorización progresiva de la idea de la literatura que iría desde el romanticismo alemán hasta nuestros días: según él, los textos literarios han entrado entonces, debido a esa misma idea de la autonomización, en un descrédito progresivo. Argumentos similares se encuentran también en Jean-Marie Schaeffer, cuando afirma que “si los estudios literarios están en dificultades, no es porque su objeto esté amenazado por la avalancha de la incultura, sino más banalmente porque confunden su objeto con una de sus institucionalizaciones pasadas” (Schaeffer 14). Esa institucionalización pasada (y casi obsoleta para Schaeffer) es la literatura, entendida como “una realidad autónoma y cerrada sobre ella misma” (Schaeffer 12).

Observamos cómo en algunos herederos de la teoría literaria del siglo XX (o protagonistas, como Todorov), en particular de lengua francesa en estos casos, es nítida esta idea de que la forma de pensar y estudiar la literatura ha cambiado y, sobre todo, de que esa idea de literatura ha perdido valor. Esto se da por el uso irreflexivo en la escuela, por sus vínculos con la estética moderna, por la pérdida de sus relaciones con el mundo social, o porque el interés general por la ficción se desplaza hacia un horizonte antropológico.³

Por otro lado, y en la tradición de habla inglesa, Terry Eagleton (*After Theory*) trata esa situación contemporánea de la teoría también en términos de un descrédito progresivo, pero sin la acusación directa de la responsabilidad de que cierta idea de literatura vaya a desaparecer. Aquí no es tanto la idea de literatura y su descrédito contemporáneo lo que se examina, sino la situación misma de la teoría literaria. Eagleton describe la transformación de una época fructífera de la teoría, que identifica también al marxismo, al estructuralismo y al

³ Un problema similar sobre la relación entre la experiencia y la teoría estética se encuentra en el artículo “Algunas consideraciones sobre la experiencia estética: ¿ideología estética o posibilidad crítica?” (Garnica).

posestructuralismo, hacia otra que sería la de la teoría cultural: “El estructuralismo, el marxismo, el posestructuralismo y otros temas similares ya no son lo atractivos que solían ser” (2). En su diagnóstico, esa nueva teoría cultural es criticada, más que por su trivialización de los objetos de estudio, su interés por lo marginal (como si todo lo marginal fuese subversivo o emancipador *per se*) o la cultura popular contemporánea, por su incapacidad en términos políticos de acción real. En sus palabras,

El perjuicio posmoderno contra las normas, las unidades y los consensos es un daño políticamente catastrófico. También es notoriamente tonto. Pero esto no solo aparece por tener pocos preciosos ejemplos memorables de solidaridad política. También refleja un cambio social real. Es un resultado de la evidente desintegración de la sociedad burguesa pasada de moda en una multitud de subculturas (Eagleton 15).

Según él, la teoría cultural que se ha desarrollado después de la teoría literaria dejaría entonces por fuera de su campo de acción un efecto político real, al eludir constantemente definiciones o conceptos. Lo inasible de este tipo de movimientos coincide también con la visión de Peter Hallward con respecto a los estudios poscoloniales en *Absolutely postcolonial*: “los conceptos poscoloniales emblemáticos –lo híbrido, lo intersticial, lo intercultural, lo entre, lo indeterminado, lo contrahegemónico, lo contingente, entre otros– son muchos intentos de evocar aquello que ningún concepto puede ‘capturar’”(xi). Se trata en ambos casos de señalar que estos movimientos trabajan con aquello que los conceptos no pueden asir. Puntualmente, Eagleton ve ahí la dificultad central para poder acercarse a una acción política concreta (así se reivindique discursivamente).

¿Con qué diagnóstico nos deja este panorama? En los casos de William Marx, Todorov y Schaeffer tenemos una teoría literaria que ha caído en descrédito por incentivar una autonomía absoluta de los textos literarios como fenómenos textuales desligados del mundo de la experiencia. En el caso de Eagleton, tenemos la afirmación de que una gran época dorada de la teoría (marxista, estructuralista y posestructuralista) ha terminado. Ya no tenemos a Jacques Lacan, Claude Lévi-Strauss, Louis Althusser, Roland Barthes, Michel Foucault, Raymond Williams, Pierre Bourdieu, Julia Kristeva, Jacques Derrida, Hélène Cixous, Fredric Jameson o Edward Said. Este declive ha dado paso al auge de la teoría cultural, con un cambio quizá importante en cuanto a los métodos, pero, sobre todo, en cuanto a los objetos de estudio. Ahora bien, para Eagleton esta transformación obedece más a los cambios sociales de la emergencia de las subculturas y al debilitamiento progresivo de la izquierda política (*The Event of Literature* x), que a una supuesta autonomización progresiva de los textos literarios. Este punto es interesante porque, más que un argumento estetizante para explicar las críticas a la teoría literaria, como se da en Todorov y Marx, se piensa en los vínculos entre la teoría literaria y la política. Para Eagleton, estos parecen perderse en el caso de una teoría cultural primordialmente discursiva, pero con poca capacidad de transformación o de acción, más allá de los ámbitos universitarios.

Lo anterior nos deja no con una muerte certera de la teoría, pero sí con una crisis que la desacredita por diferentes razones. Ahora bien, ante ese descrédito, nos interesa destacar ese rasgo contestatario o subversivo de la teoría literaria porque nos permite explicitar cómo entendemos un pensamiento teórico literario aquí: se trata de un conjunto de herramientas conceptuales para el análisis, la interpretación y una reflexión crítica sobre los textos literarios que nace, en particular, en el siglo XX, a pesar de tener orígenes en los textos del romanticismo alemán (Bowie 3) y en el surgimiento histórico de la estética como disciplina. Esto implica una diferencia entre la teoría literaria propiamente dicha y los ejercicios descriptivos o críticos heredados de las filologías del siglo XIX. Pero también implica que entendemos la teoría literaria como una reflexión diferente de cualquier teoría filosófica, social o cultural (lo cual no

excluye que algunos filósofos, teóricos sociales o culturales hayan aportado a la teoría literaria). Estamos de acuerdo en que “los estudios literarios son una mezcla. Incluyen muchos subcampos –historia literaria, teoría literaria, sociología literaria, filología y academia textual, por ejemplo” (During 121) y podríamos añadir que cada subcampo se relaciona con otras áreas como el psicoanálisis, la lingüística, la semiótica, la antropología, la filosofía, solo por mencionar algunas. No obstante, esto no implica que cualquier concepto filosófico, social o cultural forme parte de lo que llamamos teoría literaria. En esta el carácter contestatario es relevante, al igual que la dimensión textual y de lenguaje, y los procedimientos que la configuran. En este sentido, queremos identificar esa teoría literaria con una actitud contestataria y crítica de la ideología burguesa y de cierta ingenuidad ante la idea de que la literatura moderna representa el mundo de manera transparente y poco problemática, sea desde el lugar de enunciación que sea y desde cualquier tema (abiertamente político, identitario u otro).

El rasgo crítico que vemos en la teoría literaria del XX, de la mano de Compagnon, tiene que ver precisamente con cómo esta señaló y analizó esas formas de construcción de significado de la literatura (y en especial de la novela como género inexorablemente moderno y burgués). Por ese motivo, el formalismo, el estructuralismo, el posestructuralismo y sus relaciones con el marxismo exhiben de manera nítida esa crítica a la ideología burguesa y a la literatura moderna como parte de ella y, a la vez, manifiestan el rescate de algunos textos como posibilidad de transgresión de ese mismo sistema de creencias. Esa teoría literaria fue un pensamiento que señaló de múltiples maneras las contradicciones de la literatura moderna y ese gesto nos sigue pareciendo valioso.

Independientemente de que los temas de los textos literarios sean explícitamente políticos o sociales, ese pensamiento teórico nos deja la herencia de un gesto crítico ante la representación como un asunto no problemático. Es esta teoría literaria, vinculada al formalismo y al estructuralismo, pero también al marxismo, la que se encuentra, si no muerta, por lo menos en crisis. Y esto no tanto porque no se cite hoy, sino porque sus rasgos parecen no coincidir con una buena parte de la producción crítica actual, en especial en cuanto al trato directo con los textos y la postura frente a la representación y la ideología contemporáneas. Es como si se hubiesen vuelto a ver los textos como figuras diáfanos de discusiones políticas, sociales e identitarias, tan frecuentes (y necesarias) en los ámbitos de la opinión; se ven como si no hubiese especificidad en sus procedimientos para tratar esas mismas dimensiones de la experiencia.

Hasta acá el breve diagnóstico. En el siguiente apartado, analizaremos uno de los escenarios contemporáneos en los que podríamos indagar si hay un campo propicio para el pensamiento teórico, y evaluar si, tal y como lo hemos identificado, sería vigente. Este escenario es el de la narratología posclásica. Nos detendremos en él por tres razones: primero, es campo con una prolífica producción bibliográfica nueva en las últimas dos décadas, lo cual no es necesariamente el caso en otros ámbitos del estudio literario; segundo, trabaja con varios medios pero, entre ellos, con textos escritos, de modo que la dimensión textual de la escritura está presente; tercero, es un área que mantiene una relación directa con la narratología clásica de corte estructuralista en cuanto a sus herramientas, si bien reformula parte de sus postulados. Cabe anotar aquí que no pretendemos explorar todos los campos actuales del estudio literario para ver si hay rasgos vigentes de la teoría literaria del siglo XX: ese propósito requeriría un texto mucho más extenso. La narratología posclásica no es entonces la única vía para estudiar la vigencia de ese pensamiento teórico, pero sí una posible que resulta idónea por ser contemporánea, trabajar rasgos textuales y explicitar lo que hereda y lo que deshecha de la teoría narratológica del XX vinculada al estructuralismo.

3. En torno a la narratología posclásica

Uno de los conceptos más productivos de los estudios literarios quizá sea el de la narratividad. En cine, en medios, en métodos cualitativos de ciencias sociales y hasta en teorías de administración de empresas se habla de narratividad, de narrativas o de relatos. Sin que existan acuerdos sobre el significado de estos términos ni sobre la ética con respecto a su empleo —como en el caso perverso y manipulador del *storytelling* (Salmon)—, tal vez haya algún tipo de característica compartida en esas construcciones que relatan eventos determinados.

Ahora bien, quisiéramos separar dos sentidos de la narratividad: uno literario y otro antropológico y cognitivo. En el primer sentido, tenemos la narratividad entendida desde autores como Roland Barthes (Barthes) y Gérard Genette (Genette), quienes desde una visión estructuralista publican los primeros trabajos que buscan una ciencia del relato, como la bautizará en 1969 Todorov (*Grammaire du Décaméron*) con el término de narratología. En esta concepción, el análisis de los relatos y la propuesta de herramientas teóricas se hace desde textos considerados literarios. Sus características están asociadas, por esa razón, al desplazamiento de procedimientos de la vida cotidiana hacia construcciones menos convencionales y conversacionales, y más ligadas a la cultura escrita en prosa. Habría cierta violencia y singularidad en las formas de narrar literarias frente a las formas más convencionales que ocurren usualmente en la comunicación cotidiana en lengua natural, así se trate de una diferencia de grado y no de naturaleza. Se trata de la narratividad literaria entendida casi como torsión de formas convencionales de narrar. En esta concepción, los textos presentan formas narrativas convencionales y cotidianas, pero, sobre todo, construyen *también* otras formas que rompen y violentan las primeras y parecen ser, en este sentido, no narrativas. Los textos literarios son entonces a la vez narrativos y no narrativos, y ese rasgo es parte de lo que explica su riqueza y complejidad.

El segundo sentido de la narratividad viene de un paradigma que, por alguna razón, los estudios literarios en Latinoamérica tienden a ignorar, a pesar de ser tal vez dominante hoy en día en múltiples disciplinas y ciencias. Se trata del paradigma cognitivo. Por este entendemos una serie de teorías y aproximaciones al funcionamiento de la mente y al conocimiento desde esquemas que serían transculturales, y que harían posible la transmisión y la recepción de determinados conceptos entre toda la especie humana. De manera cercana a este paradigma, ha surgido una narratología posclásica —desarrollada principalmente por académicos estadounidenses, alemanes y escandinavos— que procura estudiar el funcionamiento de relatos, ya no literarios, sino como forma humana de conocimiento.

Una de las autoras fundadoras de la narratología posclásica es Monika Fludernik, con su libro *Towards a 'Natural' Narratology* de 1996. Sin detenernos en esta teoría completa —que pretende estudiar una narratividad compartida desde los chistes y anécdotas hasta obras literarias de tradición inglesa— queremos indicar que su idea de lo “natural” implica siempre de manera simultánea algo *construido* (como un efecto de lectura o de la recepción) y algo *dado* como marco de la cognición humana (Fludernik 10). En este sentido, lo “natural” no son los textos que se interpretan, sino los marcos cognitivos para su comprensión. Esto conlleva una concepción en la cual lo “natural” tiene desde siempre reformulaciones simbólicas y, en esta medida, culturales. De ahí el uso constante de las comillas en Fludernik.

A diferencia del sentido literario de la narratividad, en Fludernik habría una noción cognitiva (en tanto marco para poder conocer) y antropológica (puesto que es común a la especie y tiene un componente construido también). Su modelo consta de una serie de niveles que nos permiten reconocer algo como narrativo: unos son transculturales (lo cual nos permitiría reconocer narraciones en culturas muy diversas) y otros dependen de culturas específicas (hacen que conozcamos más ciertos géneros que otros y que tratemos de narrativizar de formas distintas cuando algo parece no tener sentido) (Fludernik 45).

En esta concepción observamos cómo un postulado de la teoría literaria (estructuralista), en su versión narratológica, ha sido desarrollado posteriormente con un enfoque cognitivo que busca explicar cómo conocemos y cómo creamos sentido los seres humanos. De ahí que esta narratología posclásica se haya expandido hacia terrenos por fuera del campo literario como el cine o los videojuegos, por ejemplo.

En esta narratología posclásica, que trabajan autores como David Herman, Marie-Laure Ryan, Jan Alber y Monika Fludernik (Alber y Fludernik; Alber *et al.*) desde los años noventa y durante el siglo XXI, la narratividad se expandió a otros objetos de estudio y atravesó fronteras disciplinares. Esa expansión, independientemente de su cercanía o lejanía con lo literario, ha llevado a autores como Wolf a plantear ciertas consecuencias. Wolf reconoce la ventaja de estudiar el carácter antropológico y común a la especie humana de los relatos, así como la posibilidad de repensar distintos medios y géneros en función de su narratividad. No obstante, también plantea al menos dos dificultades relevantes de esta exportación de una teoría concebida originalmente como literaria hacia tantos y tan variados ámbitos: en primer lugar, los medios no son iguales y, en esta medida, no todo es igualmente narrativo. Así, ante el entusiasmo de algunas ciencias sociales con un giro narrativo, es importante señalar que los medios empleados marcan diferencias en cuanto a los grados y las formas de narratividad percibida. En segundo lugar, esta extrapolación ha generado la proliferación de múltiples narratologías, de manera que se hace cada vez más difícil mantener el estatus de una teoría acerca de la narratividad.

Ahora bien, Wolf identifica algunas convergencias de varios autores de esta narratología posclásica que resumen cómo se entiende la narratividad. A partir de estas convergencias, quisiéramos indagar hasta qué punto hay aquí una teoría literaria vigente hoy o si se trata de una teoría que, al estar por fuera del interés sobre lo literario y más cercana a lo cognitivo y lo antropológico, no respondería propiamente a esa denominación. Los acuerdos relativos de esa narratología posclásica acerca de una reconceptualización de la narratividad son resumidos por Wolf así:

el hecho de que los relatos son representaciones que construyen mundos que le permiten al receptor volver a experimentar mundos posibles se ha vuelto una noción comúnmente aceptada. Esto también es cierto para la percepción de que estas representaciones están centradas en torno a seres antropomórficos que son capaces de decisiones conscientes, planes y actividades, y de experimentar emociones y deseos. Además, hay un consenso extendido en que estas representaciones enfatizan cambios temporales y causales, aunque no enteramente predecibles y que se explican en términos de causalidad y teleología (Wolf 159).

Aquí tenemos entonces tres acuerdos centrales. Si pensamos en relatos conversacionales, cotidianos y “naturales”, en el sentido de Fludernik —es decir, espontáneos, pero no por ello poco estereotipados— tal vez estos rasgos den cuenta de la narratividad presente en ellos. Pero si pensamos en géneros como la novela y su desarrollo en la tradición occidental y latinoamericana, mantener una idea de narratividad vinculada a representaciones que construyen mundos posibles, que trabajan con seres antropomórficos y cuyos cambios temporales o causales puedan pensarse en términos de teleología, se hace más difícil. Solo para ilustrar este punto, textos como *Don Quijote*, *Tristram Shandy*, *El hombre sin atributos*, o, en el contexto latinoamericano, *Respiración artificial*, *Glosa*, *Lumpérica* o *2666* difícilmente muestran esos rasgos de narratividad entendida de esta manera (lo cual no significa que no se perciban como no narrativos). ¿Qué ocurre entonces con los textos literarios desde esta concepción de la narratividad?

Al respecto, dentro de los autores que trabajan con el modelo de una narratología natural hay un grupo que ha publicado una serie de trabajos acerca de lo que llaman una “narratología no natural”. En estos explican cómo en ese modelo de mediación de la experiencia por medio de marcos cognitivos que “narrativizan” quedan por fuera los textos literarios en los que no hay una evocación cuasimimética de la experiencia ni modelos prototípicos de relatos. Es decir, se excluyen en este modelo las formas que tradicionalmente se han considerado literarias, pero no necesariamente narrativas en el sentido prototípico. Para Jan Alber, Stefan Iversen, Henrik Skov Nielsen y Brian Richardson, “La mayoría de definiciones del término “relato” tienen un claro sesgo mimético y toman textos realistas comunes o relatos ‘naturales’ como manifestaciones prototípicas del relato” (Alber et al. 114). En efecto, para Fludernik la experiencialidad, que ella asocia a la posibilidad de reconocer algo como narrativo, se vincula con un mimetismo de la experiencia. En el modelo de Fludernik, percibimos algo como narrativo porque identificamos la familiaridad con la experiencia humana real en términos “cuasimiméticos” (Fludernik 12). ¿Qué pasa entonces con gran parte de los textos literarios que no están hipernarrativizados a modo de series de televisión o que no poseen rasgos realistas? ¿Con aquellos que tienen elementos que no son causales o en los que lo antropomórfico no es determinante porque casi que transcurren en una suerte de impersonalidad desplegada (como en algunos textos de Macedonio Fernández, José Lezama Lima, Ricardo Piglia, Diamela Eltit o Roberto Bolaño)? Lo que conocemos como literatura parece no haber aquí precisamente porque no implica, o al menos no siempre, una familiaridad con las convenciones que median la experiencia humana. Esto es, quizá, lo que permite que esa literatura no sea una repetición de los guiones cognitivos y de las acciones más estereotipadas y pragmáticas, sino que implique rupturas con la familiaridad que esos guiones y esquemas generan.

Dada esta aparente exclusión de varios textos literarios de la narratividad así entendida, cabe entonces preguntarse: ¿la emergencia de la narratología posclásica daría cuenta de la vigencia de eso que llamamos antes teoría literaria? Si la narratividad en los textos literarios no es prototípica –sino más bien atípica–, ¿qué ventaja podría tener para los estudios literarios acercarse a ellos desde este paradigma?

Cierre: la ideología como elemento problemático

Dentro de la narratología posclásica posiblemente haya una idea potente al pensar, más allá de la dicotomía tradicional entre cultura y naturaleza, en una historización de las estructuras narrativas, así como en el estudio de su eventual fosilización hasta convertirse en marcos cognitivos para la comprensión humana. Es decir, consideramos que es relevante pensar en el carácter cognitivo y a la vez histórico y antropológico (o construido) de la narratividad como marco humano de la recepción y de la producción de relatos. Como forma de construcción de sentido humana, la narratividad es un concepto en el que aún tendríamos mucho que explorar. Sin embargo, para reconocer en la narratología posclásica la vigencia de la teoría literaria, tal vez falte el componente crítico con respecto a esa misma narratividad y a esos marcos que se consideran naturales en la recepción de lo que llamamos narrativo.

Este punto nos parece neurálgico. Para analizar si la narratología posclásica tiene la herencia y la vigencia de una teoría literaria, es fundamental preguntar por la dimensión crítica de esta teoría, componente que tal vez esté ausente de este tipo de enfoque más determinista y cientificista. En esta medida, si se retoma del estructuralismo la potencia de herramientas conceptuales para pensar en los relatos y en cómo se construyen, la crítica contestataria frente a la ideología de ese movimiento parece omitirse en esta nueva versión de la narratología. No parece haber en ella una dimensión crítica de las formas de narratividad y de sus relaciones con, por ejemplo, creencias ligadas a las clases sociales, los géneros o las subculturas. Tampoco

emerge una crítica frente a cómo se configuran los significados en esas formas narrativas que terminan fosilizándose en Occidente, en particular en eso que Fludernik llama “cuasimimético”. De ahí que, en la dimensión del relato natural, el análisis se centre en lo prototípico y cognitivo, pero como si esos prototipos de relatos y esa narratividad como marco cognitivo no tuviesen una historia en Occidente –historia que tiene que ver con el capitalismo, con la modernidad, con el patriarcado, pero también con la literatura como forma moderna de transformación y reflexión acerca de esas mismas condiciones históricas y contextuales–. En otras palabras, narramos de ciertas maneras y percibimos algo como narrativo por ese “esquematismo de la inteligencia narrativa”(Ricoeur 31) tradicional, fosilizada, cotidiana, espontánea y prototípica, pero también porque en algunos momentos de la historia cultural y literaria se han introducido transformaciones y rupturas con otras convenciones y prototipos de relato previos. Esa crítica más histórica e ideológica de las formas de los relatos y de los géneros discursivos parece no formar parte de las inquietudes de esa narratología posclásica, salvo por quienes reclaman un espacio para el análisis de los relatos “no naturales”, es decir, propiamente literarios en el sentido moderno del término.

Si la ideología –ese elemento problemático y relevante para los formalistas y para el estructuralismo– pretendía ser una ciencia de las ideas y de cómo surgen (Williams 72), entonces no debería estar del todo desligada de enfoques que busquen mantener la etiqueta de teoría literaria.⁴ Si ya no se trata de criticar un sistema de ideas burgués uniforme, como de pronto se pensó en los sesenta y setenta, el pensamiento sobre la literatura sí puede trabajar con el señalamiento de construcciones textuales y narrativas que parecen ser dominantes hoy en día y que podrían decirnos bastante tanto de las representaciones actuales del mundo contemporáneo como de maneras de subvertirlo y violentarlo. En lugar de reiterar las acusaciones a la teoría literaria como responsable del descrédito de lo literario, podríamos empezar a pensar cómo pasamos de un pensamiento teórico que creyó en la agencia de los textos y en su posibilidad de resistencia, a otro que regresó a la teoría del reflejo (Eagleton, *The Event of Literature*) sin mayores efectos políticos materiales o simbólicos (véase, por ejemplo, el trabajo de Kaufmann o de Moreiras-Menor o Becerra Grande, en el caso hispanoamericano).

Queremos recapitular tres ideas. La primera es que, incluso en movimientos de corte cognitivo como la narratología posclásica, hay un regreso a una noción más problemática de narratividad que la resumida por Wolf. Ese regreso y el reclamo por la defensa de una narratología “no natural” muestra cómo ciertos textos literarios problematizan lo narrativo y, en esa medida, lo emplean, pero también lo exceden. Así, lo literario parece mantener y provocar un pensamiento sobre lo que está de más (en este caso, que sobrepasa los problemas meramente narrativos). Esa literatura, la misma que ha sido vista como autónoma y aislada, parece regresar dentro de este movimiento posclásico no para señalar su separación del mundo social, sino para reafirmar formas muy distintas y atípicas de narratividad, que siguen estando

⁴ Aprovechamos este punto para explicitar que entendemos por ideología, de manera esquemática, un postulado similar a la primera y la tercera acepción que trabaja Raymond Williams. Él las define como: “a) un sistema de creencias característico de un grupo o clase particular” y “c) el proceso general de la producción de significados e ideas” (71). Aunque parezca paradójico vincular las dos (puesto que la una es particular a un grupo y la otra parecería tener un carácter universalizante), nos interesa precisar que consideramos que ese sistema de creencias de un grupo (en el caso de la teoría literaria, la ideología burguesa) tiene relación con esa dimensión general de cómo se producen significados o, mejor, responde a formas posibles en las que se configuran significados. Estos varían contextualmente de una comunidad discursiva a otra, pero a veces también se instalan y, con el tiempo, algunos se fosilizan. Nos parece interesante mantener vinculados al problema de la ideología tanto el estudio de las creencias como el del proceso de creación de significado, y esto en su carácter variable y también en el más fosilizado. Decir que la teoría literaria tiene relación con la crítica ideológica equivale a afirmar que es inseparable del estudio de creencias y de cómo estas se configuran o se desfiguran en un sistema literario de determinados grupos y periodos históricos.

profundamente ligadas a sus contextos, pero de maneras alejadas del prototipo del relato. Ahí donde la narratología posclásica se anima a una definición cognitiva, transmedial y transcultural, la noción de literatura moderna vuelve a introducir problemas para señalar que su trabajo no es solo un asunto de narratividad y de contar historias en un sentido antropológico. Muestra otras formas de marcos cognitivos posibles que, además, podrían ser (y llegar a ser) también transculturales. Estas observaciones nos parecen rescatables para una posible teoría literaria contemporánea.

La segunda idea es que nos parece deseable una reinención (¿o una reanimación?) de la teoría literaria, en contextos de antiintelectualismo y de políticas antidemocráticas contemporáneas. Mientras la literatura siga siendo una práctica artística, pensar el problema del valor literario es relevante, así como reflexionar sobre qué dicen los textos, cómo lo dicen y qué hacen sobre nuestras realidades y sistemas de ideas contemporáneos. Consideramos necesario hoy ese carácter crítico y contestatario de la teoría literaria del XX. Una vía podría explorarse en esa narratología posclásica procurando rastrear los marcos narrativos considerados naturales, pero para buscar una historia de las formas y de sus transformaciones contingentes y singulares. Para esto, tener herramientas conceptuales que analizan procedimientos literarios (tanto narrativos como no narrativos) es central. Sin embargo, la narratología posclásica no es el único campo activo: se podrían estudiar más adelante otros como el hermenéutico en versiones “materiales”, como el de Hans Ulrich Gumbrecht, así como propuestas desde la estética de Jacques Rancière.⁵ Ahí podría haber otros puntos para pensar qué rasgos de la teoría literaria están vigentes.

Por último, cuando hablamos de una crítica ideológica como un elemento importante de la teoría literaria –y que parece ausente de la narratología posclásica– no estamos abogando por el regreso de una neofilología concentrada en temas políticos e identitarios dentro de los textos literarios (ya sea en versiones ligadas al marxismo ortodoxo, a discursos decoloniales u otros) (Moreiras-Menor). No es solo una cuestión de ampliar el canon (aunque esto sea muy importante) ni de visibilizar textos olvidados; tampoco de repetir la lectura de lo subalterno y creer que se le da voz a quienes no la tienen en cualquier texto que se lea: es quizá un buen momento para repensar las relaciones entre política y literatura, y entre teoría literaria e ideología más allá del simple reflejo. Pero esto implica prestar atención a la singularidad de los textos y al diálogo particular con sus tradiciones (tanto en lo que se continúa como en lo que se rompe), diálogo que no necesariamente es el mismo que el de cualquier otro objeto cultural. Los textos no reflejan simplemente sociedades a través de sus temas o estructuras: configuran otros procedimientos, pero lo hacen primordialmente a través de sus formas y de su lenguaje. En esta medida, habría que repensar la herencia de la teoría literaria del siglo XX y procurar armar, desde allí –y de una manera más constructiva y menos descriptiva–, estrategias para mostrar y expandir esas formas literarias en sus tensiones con nuestro mundo social e histórico. Quizá sea un momento para que, a partir de la herencia de la teoría literaria que recibimos, volvamos a pensar no solo qué dicen las formas literarias contemporáneas, sino qué hacen y, sobre todo, cómo pueden transformar nuestra experiencia por medio de sus procedimientos propios y a veces poco familiares.

⁵ En el primer caso (Gumbrecht) hay una apuesta por el abandono del signo como entidad fundamental de las humanidades, mientras que en la estética de Rancière está la apuesta de un vínculo con lo político en todo reparto de lo sensible, incluido el que propone la ficción literaria como forma de racionalidad y, en esa medida, como un reparto también de lo que se percibe, se ve y se oye (Rancière, *Política de la literatura*; Rancière, *Le fil perdu : essais sur la fiction moderne*).

Obras citadas

- Alber, Jan, et al. "Unnatural Narratives, Unnatural Narratology: Beyond Mimetic Models". *Narrative*, vol. 18, n° 2, 2010, pp. 113-36.
- Alber, Jan, y Monika Fludernik. *Postclassical Narratology. Approaches and Analyses*. The Ohio State University, 2010.
- Barthes, Roland. *Œuvres complètes, tome III, 1968-1971*. Editado por Éric Marty, Seuil, 2002.
- Becerra Grande, Eduardo. "De la crítica latinoamericanista: el corto viaje contra sí misma". *Delaware Review of Latin American Studies*, vol. 15, n° 3, 2015, <https://www1.udel.edu/LAS/Vol15-3BecerraGrande.html>
- Compagnon, Antoine. *Le Démon de la théorie, Littérature et sens commun*. Seuil, 1998.
- Bowie, Andrew. *From Romanticism to Critical Theory London*. Routledge, 1997.
- Dalmaroni, Miguel. "Resistencias a la lectura y resistencias a la teoría. Algunos episodios en la crítica latinoamericana". *452°F. Revista de Teoría de la literatura y Literatura Comparada*, vol. 0, n° 12, enero de 2015, pp. 42-62, <https://revistes.ub.edu/index.php/452f/article/view/11493/14306>
- During, Simon. "The Values of Literary Studies". *The Values of Literary Studies Critical Institutions, Scholarly Agendas*, editado por Ronan McDonald, Cambridge University Press, 2015, doi:10.1017/CBO9781316440506.
- Eagleton, Terry. *After Theory*. Basic books, 2003.
- _____. *The Event of Literature*. Yale University Press, 2012.
- Eichenbaum, Boris. "La théorie de la 'méthode formelle'". *Théorie de la littérature, Textes des Formalistes russes*, editado por Tzvetan Todorov (trad.), Éditions du Seuil, 2001.
- Fludernik, Monika. *Towards a 'Natural' Narratology*. Routledge, 1996.
- Garnica, Naím. "Algunas consideraciones sobre la experiencia estética: ¿ideología estética o posibilidad crítica?" *Universitas Philosophica*, vol. 35, n° 70, 2018, pp. 229-50, doi:<https://doi.org/10.11144/Javeriana.uph35-70.acee>.
- Genette, Gérard. *Discours du récit*. Seuil, 2007.
- Gumbrecht, Hans Ulrich. *Production of Presence. What Meaning Cannot Convey*. Stanford University Press, 2004.
- Hall, Stuart, et al., editores. *Culture, Media, Language Working Papers in Cultural Studies, 1972-79*, Routledge, 1980.
- Hallward, Peter. *Absolutely postcolonial*. Manchester University Press, 2001.
- Kaufmann, Vincent. *La Faute à Mallarmé, L'aventure de la théorie littéraire*. Éditions du Seuil, 2011.
- Lander, Edgardo, editor. *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales Unidad Regional de Ciencias Sociales y Humanas para América Latina y el Caribe, <https://www.tni.org/files/download/La%20colonialidad%20del%20saber.%20Eurocentrismo%20y%20ciencias%20sociales.pdf>
- Marx, William. *L'Adieu à la littérature, Histoire d'une dévalorisation XVIIIe-XXe siècle*. Les Éditions de Minuit, 2005.
- _____. *La Haine de la littérature*. Les Éditions de Minuit, 2015.
- Moreiras-Menor, Cristina. "El no-lugar de la teoría en los estudios hispánicos". *Language, Image, Power: Luso-Hispanic Cultural Studies Theory and Practice*, editado por Susan Larson, Routledge, 2021.
- Rancière, Jacques. *Le fil perdu : essais sur la fiction moderne*. La Fabrique éditions, 2014.
- _____. *Política de la literatura*. Libros del Zorzal, 2010.
- Ricœur, Paul. *Temps et récit II, La configuration du temps dans le récit de fiction*. Éditions du Seuil, 1984.

- Salmon, Christian. *Storytelling: la machine à fabriquer des histoires et à formater les esprits*. La Découverte, 2007.
- Schaeffer, Jean-Marie. *Petite écologie des études littéraires : pourquoi et comment étudier la littérature ?* T. Marchaisse, 2011.
- Todorov, Tzvetan. *Grammaire du Décaméron*. Mouton, 1969.
- _____ *La littérature en péril*. Flammarion, 2007.
- Tynianov, Iouri. “De l’évolution littéraire”. *Théorie de la littérature, Textes des Formalistes russes*, editado por Tzvetan Todorov (trad.), Éditions du Seuil, 1927.
- Williams, Raymond. *Marxismo y literatura*. Traducido por Pablo di Masso, Ediciones Península, 1977.
- Wolf, Werner. “Narratology and Media(lity): The Transmedial Expansion of a Literary Discipline and Possible Consequences”. *Current Trends in Narratology*, editado por Greta Olson, De Gruyter, 2011, pp. 145-80.